

ACADEMICUS

**Archivo, “entre” y memoria: implicación
subjetiva en la indagación del pasado**

*Archive, “in-between” and memory: subjective implication
in the investigation of the past*

Lic. Luciano Uzal

luzal@filo.uba.ar

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires – Argentina

CORRECCIÓN LITERARIA
Colectivo Editorial Revista Etcétera

Recibido: 28 de noviembre de 2022 / Aprobado para publicación: 2 de junio de 2023



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una
Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Resumen

Partiendo de la idea de que la cuestión del archivo no es fácil de delimitar, este trabajo propone una serie de reflexiones en torno a la implicación subjetiva que se produce en el encuentro con los archivos al interior de una práctica de investigación. Articulando una reflexión metodológica con una inquietud ético-política, busca alcanzar una noción de archivo que pueda ser pensada a contrapelo de la idea de fundamento y se abra, en su lugar, a ser pensada como una instancia de encuentro con la alteridad. Para ello se hace uso tanto del concepto de *entre* que Mónica Cragolini elabora para pensar la obra de Friedrich Nietzsche, como de la noción de *experiencia* tal como es presentada en algunos trabajos de Michel Foucault. Finalmente, se piensa el archivo en su relación tensa y constitutiva con la memoria, las huellas, los espectros, el trabajo de duelo y un pasado no clausurado en sus sentidos. Algunas viñetas testimoniales acompañan la argumentación teórico-conceptual del trabajo.

Palabras claves

Archivo, Memoria, Subjetividad, Entre, Espectros

Abstract

Starting from the idea that the issue of the archive is not easy to delimit, this paper proposes a series of reflections on the subjective implication that is produced in the encounter with archives within a research practice. Articulating a methodological reflection with an ethical-political concern, it seeks to reach a notion of archive that can be thought against the idea of foundation and opens itself, instead, to be thought as an instance of encounter with otherness. To this end, we make use of both the concept of *in between* that Mónica Cragolini elaborates to think Friedrich Nietzsche's work, and the notion of *experience* as it is presented in some of Michel Foucault's works. Finally, the archive is thought of in its tense and constitutive relationship with memory, traces, spectres, the work of mourning and a past that is not closed in its meanings. Some testimonial vignettes accompany the theoretical-conceptual argumentation of the work.

Keywords

Archive, Memory, Subjectivity, In-between, Spectres

Archivo, “entre” y memoria: implicación subjetiva en la indagación del pasado

LUCIANO UZAL

La cuestión del archivo es, por la razón misma que la articula, difícil de delimitar. Cuestión de los orígenes y el porvenir, de la huella y lo legible, de la acumulación y la trasmisión, de lo filiatorio y la finitud, de la herencia y la repetición, de lo global y la intimidad, de lo institucional y lo biológico, de la conservación y la destrucción. El archivo parece estar ahí a donde quiera que vamos, desrealizándose: ¿no está ya presente, acaso, en la existencia de la memoria? ¿No se trata de una superficie de registro que atraviesa la vida social en su conjunto, como si no fuese otra cosa que lo social mismo? ¿De algo atmosférico que respiramos y nos constituye más allá de cualquier deseo de archivo, voluntad de saber o atracción por el documento? Y, a la vez, corporeizándose con la contundencia de una fatalidad: una caja con fotos familiares marcadas por la humedad en el galpón del patio; fondos documentales que el *Archivo General de la Nación* tarda años en mudar de un edificio de Microcentro a otro en Parque Patricios;¹ el documento de Word guardado en un servidor ubicado en la otra punta del planeta que viaja por cables en los fondos de los océanos hasta la antena que luego lo envía a mi teléfono celular.

La pregunta que empieza por el archivo –entendida en su definición tradicional como ese espacio físico donde se ordenan, clasifican y gestionan las huellas del pasado– alcanza rápidamente una interrogación sobre las tecnologías de inscripción e información y, por lo tanto, sobre la matriz biopolítica de las formas de gobierno contemporáneas.² Tanto en la masa inmensa de información que se produce día a día a nivel global, como en la promesa de poder almacenarlo

¹ Barrios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina).

² Para un análisis de la máquina de archivo desde esta perspectiva, ver Tello (2018).

todo, se juegan aspectos claves que sostienen el ideal que ordena el ejercicio del poder en esta fase del capitalismo avanzado. Así, simplemente resulta difícil pensar en alguien que no tenga algún tipo de experiencia de archivo, que su modo de ser no se haya constituido a la luz y a la sombra de este dispositivo. Y, sin embargo, este modo inmanente en que el archivo nos constituye debe ser distinguido, así más no sea al nivel del método, del *trabajo de archivo* que se realiza al interior de una práctica de investigación.³

Esta diferenciación no trata de pensar las prácticas de investigación por fuera o más allá de las tecnologías biopolíticas del archivo, puesto que no sólo se recurre a los mismos instrumentos técnicos de almacenamiento y gestión de la información que cualquier otra práctica social contemporánea, sino que además la posibilidad misma de realizar ese trabajo supone la existencia del archivo en su dimensión institucional, cuya historia es indisociable de las transformaciones acaecidas en los archivos europeos a partir del siglo XVI en relación a la lenta formación de los Estados modernos y la maquinaria imperial de conquista, dominio y gestión colonial (Tello, 2018). Y, más aún, las prácticas de investigación en general están atravesadas por la cuestión del archivo en otros dos sentidos: en primer lugar, cualquier disciplina científica o académica, cualquier tradición disciplinar ya supone la existencia de un archivo a partir del cual la misma se recorta y toma cuerpo. Segundo, y ya en un plano propiamente metodológico, cualquier práctica de investigación se haya compelida a documentarse a sí misma en aras de poder ser reconstruida retrospectivamente (Escolar y Besse, 2011). Aun así, si se resalta la necesidad de recuperar la especificidad de este *trabajo de archivo*, es porque permite reflexionar sobre la implicación subjetiva en la indagación del pasado como uno de los modos posibles de encuentro con la alteridad. Alteridad no en las formas de excepción ni de exotismo, sino aquella que sólo puede surgir a partir de un trabajo activo de extrañamiento, de un desconocerse a sí, de encontrar lo ajeno que descansa en lo más íntimo. Como

³ El *trabajo de archivo* –equivalente del *trabajo de campo* utilizado para remitir a una de las técnicas de producción de información al interior de una práctica de investigación– toma consistencia en la escena típica que sitúa a la persona que investiga cara a cara con los documentos, generalmente en el marco de una institución específica encargada de guardarlos y preservarlos (ya se trate de una biblioteca, un hospital psiquiátrico, o una dependencia menor de un organismo de gestión estatal). En las últimas décadas, la digitalización de los fondos documentales de bibliotecas y archivos alrededor del mundo ha modificado la cotidianidad de quienes trabajan con archivos. Sin embargo, esta escena de trabajo de archivo que se ha configurado como típica persiste como tal.

quien pregunta y se deja sorprender por su propia infancia, o por la juventud de su padre o de su madre, o por una vieja carta encontrada en un cajón.

En el presente trabajo quisiera, entonces, focalizarme específicamente en una de las dimensiones de este cruce problemático: la de la subjetividad implicada en las prácticas de investigación orientadas hacia la indagación del pasado. Así, aquí se le dará el nombre de *experiencia de archivo* a los modos de implicación subjetiva en ese trabajo: trabajo con el documento, las fuentes, las huellas y las marcas del pasado, pero también un trabajo con unx mismx, un modo de auto-afectación, cierto trabajo-de-sí en el encuentro con el material documental. Por ello, propongo que esta *experiencia del archivo* puede ser pensada en su singularidad a partir de la figura del “entre” (*Zwischen*), que Mónica Cragolini (2016) propone en su libro *Moradas nietzscheanas* para trabajar la subjetividad en Friedrich Nietzsche. De esta forma, el presente trabajo despliega distintos aspectos de esta experiencia del archivo que, en vez de operar en el sujeto como fundamento, como razón o como su verdad misma extraída del pasado, lo remiten al punto vacío de un entrecruzamiento de elementos heterogéneos, en el que las identidades se revelan máscaras, lo propio se evidencia como apropiación y el yo como una operación ficcional-imaginaria que permite nombrar la configuración momentánea de una multiplicidad. Este cruce conceptual halla justificación en el hecho de que el archivo –y la experiencia del archivo– es ocasión de encuentro con lo *otro* en la tensión misma entre pasado y porvenir. En este recorrido, que supone adentrarse en una dimensión propiamente ética del quehacer investigativo de cara al pasado, se articularán también algunas cuestiones concernientes al campo de los estudios de la memoria. Algunas viñetas testimoniales acompañan el despliegue argumental del trabajo.⁴

⁴ En estas viñetas se narra el encuentro inesperado, durante mi trabajo de archivo, con la revista *El Porteño* (1982-1993), con un acontecimiento trágico ocurrido a mediados de los años ochenta, así como el viaje que realicé, siguiendo sus hilos, por la provincia de Buenos Aires durante el verano del año 2021. Su carácter fragmentario y discontinuo, así como su dispersión a lo largo del trabajo, buscan un contrapunto que funcione tanto como carnadura del concepto de archivo como puesta en acto del de implicación. Agradezco a Manuel Correa y a Nicolás Martínez, compañeros de viaje y pensamiento.

Plantear la cuestión del archivo en relación a la figura de *entre*, aquí atravesada por la filosofía nietzscheana, puede parecer, en principio, contradictorio. ¿No se trata acaso de otra sombra de Dios? ¿El archivo no funciona como la metonimia misma del origen? Al pronunciar la palabra, ¿no es el *arkhé* lo primero que se escucha?

Por sólo señalar lo evidente, quien empieza por hablar de archivo termina en general hablando de identidad. Ver el pasado como fundamento del presente es una tentación fácil, y ver en el archivo un acceso sin mediaciones al fundamento de lo que somos, también lo es. Cercana del museo y la biblioteca, una de las caracterizaciones del archivo –la menos burocratizada, la más romántica– es la de una cámara secreta que guarda las reliquias de la Nación. En ese lugar imaginario parecen asentarse el cuerpo de la tradición y parte de la herencia patrimonial que le dan profundidad histórica a cierta idea del ser nacional. Así como el modo de hablar respalda la respuesta que damos cuando nos preguntan de dónde somos, el archivo –basta con su existencia misma, y no es necesario que se lo haya visitado alguna vez⁵– funciona como garante de una narrativa histórica que organiza la inteligibilidad del tiempo presente, respaldo tanto más imaginario en cuanto vendría a estar conformado por objetos materiales: ni más y ni menos que la materialidad misma del pasado de la Nación.

1.

Una tarea monótona ocupaba su tiempo: fichar cada nota de cada número de una revista cultural de la década del ochenta. La pesadez que se imponía en la repetición se aligeraba con un entretenerse en los detalles, en las cosas mínimas, en pequeñas palabras que le sonaban enrarecidas, en estéticas que se le presentaban a la vez como novedad y recuerdo.

Enero del 86. Nota sobre un pueblo balneario sepultado por el agua tras el crecimiento de una laguna. El pueblo vecino, aún en riesgo de correr la misma suerte, era asediado por el agua y la incertidumbre. La nota narraba un detalle siniestro que no deja de tener su filo cómico. Se sabía que la laguna avanzaría sobre el cementerio, y como consecuencia, la gente del pueblo reclamaba sacar a sus muertxs. Tras unos días caóticos, en los que algunos traslados resultaron posibles de manera oficial, la municipalidad decidió no hacer lugar a nuevos pedidos. Comenzaron entonces las exhumaciones clandestinas: por la noche o con

⁵ Sobra decir que el archivo del que acá hablamos no es nunca *uno*, aun cuando su representación en términos unitarios sea parte de la operación que lo hace fundamento de la identidad.

arreglo con el personal del cementerio, la gente sacaba los ataúdes sin tener dónde ponerlos. Finalmente, el agua avanzó sobre tumbas y bóvedas. Éstas últimas, plenamente sumergidas, estallaron por la presión del agua, produciendo grandes estruendos que se escucharon en medio de la noche. El pueblo amaneció con decenas de cajones flotando en la laguna. Consternación. ¿Qué sucede con la vida de lxs vivxs cuando lxs muertxs son desenterradxs a la fuerza, cuando el cementerio pierde sus límites, cuando las transacciones entre lo vivo y lo muerto se desbordan más allá de cualquier intento de regulación?

Incluso sin apelar a la grandilocuencia de lo nacional ni a la caracterización del archivo como institución estatal, hay por doquier instancias menores de este archivo-fundamento. En primer lugar, por supuesto, los archivos familiares, esas cajas con fotos, cartas, documentos, suvenires, adornos y pequeños objetos que se van juntando a lo largo de una o varias vidas. Pero, también, y no en menor medida de importancia –puesto que hay familias cuyos archivos son demasiado frágiles o fragmentarios, formado por lagunas o narrativas trucas–, los archivos de cualquier instancia social que elegimos para nombrarnos: el pueblo o el barrio en el que se nace o se cría, un club deportivo, un partido político o movimiento, una disciplina –artística, científica, espiritual–, una religión, e incluso acontecimientos históricos o traumáticos. Allí, donde una identidad es afirmada como tal, están operando una o varias tradiciones, a partir de las cuales resulta posible el trabajo de establecimiento de un archivo como su correlato material. Jacques Derrida (1997a), al interrogarse respecto de la palabra *archivo*, describe un “principio arcóntico” ligado al doble movimiento del *origen* (“allí donde las cosas comienzan”) y del *mandato* (“allí donde se guarda la ley escrita”). Entonces, al constatarse esta relación entre *archivo* y *fundamento*, entre *archivo* e *identidad* ¿no debería, a su vez, comparecer también frente al martillo de la filosofía nietzscheana?

Pero, justamente, este paso por la filosofía nietzscheana, que consiste en una crítica mordaz al dispositivo metafísico de occidente, no implica desechar el concepto de *archivo* –así como tampoco el de *historia*, el de *sujeto* o el de *yo*–, ni un llamado a la destrucción del archivo mismo, sino una reorganización de esas instancias conceptuales para que su precariedad y porosidad se hagan visibles, para que aparezcan como máscaras entre otras posibles, como instancias que posibilitan discursos o narrativas que valen más por sus efectos –su inserción en

un campo estratégico, diría Michel Foucault– que por criterios asépticos de validación científica. No solo hay archivo de quienes practican esa historia monumental o esa historia de anticuario que Nietzsche (2011) critica en la segunda de las consideraciones intempestivas, sino que también hay un archivo decisivo para la práctica genealógica, para esa historia a contrapelo que muestra lo bajo de los valores excelsos, y que remite todo saber a la voluntad de poder que lo motoriza.

Es, en este sentido, que la idea de *entre* (*Zwischen*) puede servir para dar cuenta de lo que sucede con el concepto de archivo tras la crítica nietzscheana a la metafísica del sujeto. ¿Qué posibilidades se abren frente a una noción de archivo que ya no supone una subjetividad asentada en un individuo libre, autónomo y dueño de sus atributos? ¿Qué posibilidades para un archivo que ya no viene a decir quiénes somos sino, justamente, a cuestionarlo? ¿Qué posibilidades para una noción de archivo que se ofrece, antes que nada, como una oportunidad más para encontrarse con la alteridad que atraviesa toda identidad, es decir, aquello que la destotaliza, la vuelve permeable y nunca definitiva, aquello que la saca del terreno de la certeza para hacer de ella un juego, una apuesta, un riesgo que tiene siempre algo de delirio? La experiencia de archivo también puede ser un volverse hacia lo desconocido.

2.

Corría la segunda parte de la década del treinta. Francisco Salamone recorría la provincia de Buenos Aires en una avioneta, levantando a su paso municipalidades, mataderos y portales de cementerios. La línea horizontal de la llanura pampeana era de pronto interrumpida por edificios de más de 30 metros de altura, siempre monumentales, imponentes. Pequeños pueblos y poblados eran así alcanzados por la grandeza imaginaria del Estado, una especie de promesa que hacían las arquitecturas art-decó de los edificios para gobernar, para producir, para separar a sus muertxs.

Los mataderos construidos por Salamone llevan la inscripción “MATADERO” integrada al cuerpo mismo del edificio, como si nombre y cosa estuvieran a punto de fundirse. El que construyó a las afueras de Villa Epecuén no fue la excepción. Tras la crecida de la laguna en noviembre del 85’, el matadero, que en aquel

momento seguía funcionando, fue alcanzado por el agua y lentamente cubierto casi hasta sus grandes letras tridimensionales. Las fotos de la época impresionan: único edificio a un kilómetro a la redonda, puede verse el agua como un manto que se extiende en las cuatros direcciones y, junto a unos pocos árboles que sobresalen, la palabra “MATADERO” que flota apenas un metro y medio sobre el nivel del agua. Hoy que el agua se ha retirado, ese edificio derruido en el medio del campo es uno de los símbolos más pregnantes de la desaparición de Epecuén. Si bien nadie murió directamente a causa de las inundaciones, la palabra MATADERO en tipografía futurista quizás viene a nombrar, de manera elíptica, la dimensión del desastre. ¿Qué murió junto con Epecuén? ¿Qué promesas se fueron con las casas, los negocios y las plazas de esa pequeña localidad balnearia?

Mónica Cragolini (2016) nos advierte sobre ciertas maneras simplificadas de pensar la obra de Nietzsche, que precisamente diluyen o desatienden el carácter tensional de su filosofía. Siempre que se opte por el Nietzsche del martillo, destructor de los valores y los modos de vida de occidente, en detrimento del Nietzsche creador, que ama y acepta la fatalidad –o viceversa–, se deja de lado precisamente lo que en su obra se resiste a las síntesis totalizadoras, lo que lo vuelve un pensador del *entre*. Es en esta tensión irreductible entre el *sí* y el *no* donde Cragolini parece encontrar la potencia de la filosofía nietzscheana para pensar la noción de subjetividad y otras afines, como la identidad, la escritura, el amor, la amistad y la literatura. Es decir, la posibilidad de leerlas a contracorriente para restituirlas al juego de fuerzas que ellas nombran sin anularlas o disolverlas. Tensión entre lo uno y lo múltiple, entre lo mismo y lo que difiere constantemente de sí, entre el nombre y aquello heterogéneo que este enlaza.

Desde este punto de partida, la autora identifica tres niveles distintos a partir de los cuales la cuestión de la subjetividad aparece expresada en la obra nietzscheana. El primero consiste en una crítica a la metafísica occidental sobre la que se asienta el momento propiamente moderno y en el cual el sujeto tiene un lugar privilegiado, aquel que ha quedado vacante tras la muerte de Dios. Se trata de una crítica de aquello que funge como fundamento, en especial de una concepción metafísica de la subjetividad que supone al sujeto como libre, autónomo y propietario. El sujeto moderno que Nietzsche deconstruye es un sujeto sin historia, contexto o condicionamientos externos, que dicta su propia ley –basada, a su vez, en la razón–, que domina y dispone de su objeto a voluntad sin verse, por principio,

afectado por el mismo, que es dueño de sus atributos, de su cuerpo y de sus facultades.

El segundo nivel en el que se explicita la cuestión de la subjetividad en la obra de Nietzsche corresponde a la noción de *sujeto* como ficción necesaria para la vida. Aquí no se trata ya primordialmente de una crítica –aunque la suponga–, sino de reconocer que no hay ninguna relación intrínseca –de naturaleza– entre sujeto y verdad. Sino que, por el contrario, este adquiere su espesura en lo ficticio, en el error, en narraciones que, si bien carecen de fundamento, ordenan la existencia, estabilizan de manera momentánea lo cambiante, permiten movilizar las fuerzas heterogéneas que nos constituyen.

Finalmente, el tercer modo corresponde a las metáforas de la identidad que remiten a este carácter de *entre* que adquiere la subjetividad en Nietzsche. Figuras como la del *amigo*, el *caminante* y el *ultrahombre* expresan el carácter tensional de la filosofía nietzscheana, puesto que se presentan como figuras siempre en tránsito, que no buscan una resolución ni se prestan a operaciones dialécticas, sino que sostienen el pasaje en tanto tal. Metáforas del *entre* que apuntan hacia la falla, en la que algo como la subjetividad puede tener lugar.

3.

Desconocer la historia de la desaparición de Epecuén lo desconcertaba. ¿Qué era este pueblo sepultado por las aguas? Sabía, sí, la historia de Federación, esa ciudad en Entre Ríos que fue relocalizada durante la dictadura e inundada para la construcción de una represa. Pero esto era otra cosa. La inundación súbita se diferenciaba del accionar planificado de la obra pública (por más delirante o abusiva que esta fuese). ¿Cómo desconocer que algo como eso había tenido lugar? ¿Pudo desaparecer un pueblo entero sin que un solo fragmento de su fatalidad haya llegado a él hasta ese momento? ¿O simplemente había pasado las señales de largo? Por otro lado, estas preguntas también le resultaron extrañas: ¿Por qué debería importarle? ¿De dónde venía ese halo que impedía hacer de esa historia una mera curiosidad? Villa Epecuén lo imantaba de un modo extraño, enrarecido. Lo hacía sentir ajeno a su propia historia.

Buscó imágenes. Vio las ruinas del pueblo, nuevamente en la superficie desde el 2003, año en que el agua comenzó lentamente a bajar. Preguntó a su madre. Por supuesto se acordaba, la cobertura mediática había sido intensa. Un recuerdo cae, más cálido y personal. La madre de ella –la abuela– siempre decía que quería ir a las termas de Epecuén por ese dolor de huesos que no la dejaba en paz.

Hacer del *entre* una de las claves de lectura de la obra Nietzsche supone no apresurarse a distender –resolver, clarificar, diluir, sintetizar, clausurar– lo que tensiona, sino poder captarlo en la singularidad de su correlación de fuerzas. El modo en que Nietzsche articula la crítica de la metafísica occidental –en la que la noción de sujeto tiene un lugar privilegiado– con la idea de sujeto como error útil o ficción necesaria señala una operación por la cual se convoca a lo identitario, a la vez que se lo sustrae de todo fundamento y se lo vuelve máscara. Se trata de un modo de abordaje crítico de conceptos, nociones y categorías que va más allá de su simple rechazo o de moralizar su uso. Precisamente, es la mirada genealógica la que restituye estos conceptos a las circunstancias de su invención (*Erfindung*), de su artificialidad, de sus luchas por la voluntad de poder (Foucault, 1999, 2004). De este modo, pensar el archivo desde Nietzsche implica no detenerse en el punto en el que es posible evidenciarlo como una más de las instancias del *arkhé*, sino trabajar el concepto hacia ese instante indecible en el que el archivo se vuelve *contra* la identidad, *contra* el fundamento, quizás, *contra* el archivo mismo. A este movimiento, Derrida (1997a) lo llamó *anarchivismo*.

Dirigir la mirada hacia el pasado durante el *trabajo de archivo* puede llegar a ser un gesto de suspensión en el que se prescinden de garantías y de reaseguros. Atender a las huellas del pasado supone el riesgo de lo imprevisible. Esto que puede parecer paradójal, puesto que lo que suele asociarse a lo imprevisible es el porvenir, no lo es, porque lo pasado no está nunca inmediatamente disponible a quien sostiene una práctica de investigación.⁶ Que algo ya haya tenido lugar no lo vuelve de por sí conocible, interpretable y domeñable. Pensar lo ya-pasado como clausurado y disponible en su sentido, como si los espectros no acecharan la vida de los vivos, como si no existiese la amenaza de su retorno, supone una relación de exterioridad entre sujeto y objeto en el marco de una metafísica de la presencia. En

⁶ Por otro lado, que lo que se investigue sea el pasado no supone el abandono del carácter prospectivo del proceso de investigación (Besse, 2011).

cambio, pensar el pasado como algo abierto implica no cancelar su poder de afectar, de retornar y de embestir el presente. Que el pasado esté abierto significa, a su vez, que se haya entramado libidinalmente con quien realiza una investigación, donde se tensa el deseo y, por lo tanto, centellea la posibilidad de diferir-de-sí y de devenir otro.

4.

La laguna Epecuén es la última de las seis que conforman la cuenca *Las encadenadas del oeste*. Sin ningún curso de agua que le sirva de desagote, solo la evaporación contribuye a la disminución del nivel del agua. Como consecuencia, la laguna tiene una concentración salina diez veces mayor a la de la costa atlántica. Con más sal que el mar muerto, las personas que se bañan en ella flotan como imantadas a la superficie. No hay vegetación acuática ni peces. Se dice de sus aguas que alivian males.

Como un libro, como un encuentro sexual inesperado, como una marcha multitudinaria, el trabajo de archivo puede llegar a constituir una *experiencia* en sentido fuerte, es decir, no como una manera de referirse a la dimensión empírica de un trabajo de investigación (sentido metodológico), ni a una cierta manera de dirigir una mirada reflexiva sobre un objeto cualquiera de lo vivido para captar su significación (sentido fenomenológico), sino como una transformación de sí, como algo que arrastra al sujeto más allá de sí mismo y lo disloca respecto al imperativo identitario (sentido ético). Así, Michel Foucault (2013) decía escribir sus libros no para comunicar su punto de vista, sino como un modo de experimentación que le permitía, precisamente, pensar distinto a como lo hacía y, en ese sentido, jamás terminaba un libro siendo el mismo que lo había empezado. Este modo de pensar la escritura como experiencia rompe con el *esquema comunicativo* como función rectora del lenguaje y el discurso (emisor → mensaje → receptor), y permite poner en primer plano el modo en que el sujeto se relaciona consigo mismo en una práctica de escritura –que es, en el caso de Foucault, también una práctica investigación–. Esta relación consigo mismo no parte de un solipsismo ni conduce a una reafirmación de sí, puesto que no se trata de otra cosa que fuerzas heterogéneas, de un sí mismo que es ya multiplicidad. A contrapelo del modo

tradicional en que occidente ha abordado la noción de *experiencia*, esta no asegura ni funda la unidad del sujeto en relación con el mundo, sino que lo disemina, lo saca de sí. Esta experiencia, a la que remite Foucault en relación con la escritura, con sus libros y sus investigaciones, es la de un pensar que se dirige contra sí mismo.

Esta noción de experiencia abona la posibilidad de pensar un trabajo de archivo abocado a algo más que al establecimiento de los hechos del pasado en clave historiográfica, lo cual es una tarea necesaria, pero que no agota en sí misma ni todo trabajo de archivo ni todo anudamiento posible entre la historicidad y pensamiento.⁷ De hecho, este anclaje en la noción de implicación, este esfuerzo de apertura hacia el pasado fruto del trabajo consigo mismo, produce las condiciones a partir de las cuales algo así como la cuestión memorial puede ser captada y trabajada en su temporalidad múltiple. Se trata de un modo elaborar y abordar problemas que, sin abdicar de la racionalidad o de las reglas de veridicción propias de la producción de conocimiento, apuesten a constituirse en experiencias que van más allá de ellas, en tanto abren una dimensión ética que concierne a la tarea del pensar: la de prepararle un lugar a lo imposible.⁸

Sin este trabajo de implicación, sin una disposición a asumir el riesgo a verse transformado por algo que es del orden del límite, es sencillo dejar escapar, por ejemplo, lo testimonial del testimonio, lo que pliega el tiempo, ese nudo de imposible sin el cual todo sería comunicable, procesable, narrable, sin opacidades, simple información verificable y plenamente transmisible. En ciertos temas, desconocer este imposible lleva a no comprender nada aun cuando se sepa mucho, o bien directamente a la violencia de destituir al otro de su propia vivencia traumática.⁹ En este punto, el abordaje de la cuestión memorial y el trabajo de archivo que conlleva se encuentran desplazados respecto a la tarea propiamente historiográfica. Así, una apuesta por resistir a la totalización, a la clausura de sentido que hace de una cuestión del pasado *mi* objeto de investigación, implica ya

⁷ Es posible pensar este trabajo no sólo en relación a la arqueología de Michel Foucault, sino también a una obra como la de Walter Benjamin.

⁸ No es casual que Foucault (2013) reconozca abreviar a esta noción de experiencia a la sombra de los nombres de Nietzsche, Blanchot y Bataille.

⁹ Por ejemplo, Philippe Mesnard (2011) analiza cómo el modo realista de representar los campos de exterminio nazi, en su pretensión de mostrarlo o decirlo todo, no solo falla en la tarea de la transmisión de memoria, sino que no pueden testimoniar la violencia sin reproducirla. Para un análisis detallado de esta perspectiva, ver Uzal (2022).

un modo de posicionarse frente al documento y al material de archivo que hace una apuesta por no disolver o reducir su singularidad.

5.

Al llegar a la laguna, varios kilómetros antes de las ruinas de Epecuén, el paisaje desolador le produjo una sensación de extrañeza profunda. Los árboles muertos señalaban con claridad hasta dónde había subido el agua treinta años atrás. No solo muertos: blanqueados por la sal, con la corteza perfectamente alisada. Tampoco crece el pasto, o lo hace apenas. Siente la sal en el aire, atrás del paladar, intensamente. Avanza por el camino que bordea la laguna y piensa qué es este lugar extraño, a qué le recuerda –a nada que conozca, ciertamente– y luego se pregunta como qué lugar se imagina que podría ser. Piensa en Chernóbil, y luego se dice a sí mismo que es un exagerado. A su derecha ve unos caños retorcidos en los que adivina el eco de unas hamacas y otros juegos para niños.

Si es que es posible, entonces, pensar el archivo a contrapelo de su significación histórica e institucional –ese doble principio de lo arcóntico que articula el origen con la ley–, a partir de la figura del *entre* como modo de dar cuenta de la experiencia singular de quien lleva en él su práctica de investigación, es porque la cuestión del archivo está íntimamente ligada a la de la *huella*. Efectivamente, el archivo es, ante todo, el lugar donde las *huellas del pasado* –¿o convendría decir *de lo pasado?*– son conservadas, clasificadas y puestas a disposición de quien quiera hacer algo (mas no cualquier cosa) con ellas. Son ellas las que dan siempre un acceso mediato a eso que llamamos *pasado*. Pero, justamente, para leer el archivo a contrapelo hay que evitar remitir su relación con la *huella* a la instancia del *origen* como el momento pleno de su encuentro. La huella, lejos de certificar el origen, lo difiere indefinidamente –en el doble sentido de que lo temporiza y lo hace divergir siempre de sí mismo–, y lo remite indefectiblemente al inter-juego de las relaciones entre otros significantes (Cragolini, 2012; Jinkis, 2011). Desde esta perspectiva, nada en el archivo puede desembarazarse del carácter espectral con el que está signada toda huella e

inscripción. Nunca es el pasado lo que se toca o se lee, no se está de frente a lo que se indaga, ningún material de archivo se significa a sí mismo y por sí mismo. Y si es posible, entonces, fantasear con el origen, puesto que es una de las promesas que el archivo hace, solo lo es en tanto se haya perdido irremediamente. Ante la constatación derridiana de que *no hay palabra plena* (Cragolini, 2012) se entiende, por lo tanto, que la significación del pasado se produce como efecto del desplazamiento significativo de una huella hacia otra, pero nunca como un abrochamiento de una huella a un acontecimiento originario.

6.

A un kilómetro pasando el Matadero aparece la *Eco-playa*. Recientemente inaugurada por la municipalidad, se trata de una playa en la que se destaca un muelle en forma de “T” y en el que pueden encontrarse los elementos característicos de cualquier balneario de la Provincia de Buenos Aires. Suena trap y reggaetón desde los paradores, hay un carrito que vende churros y torta frita, la gente toma sol y lxs niñxs se bañan en esa agua que no lxs deja hundirse. Le llaman la atención algunas señoras que se cubren de barro todo el cuerpo, de los pies a la cabeza, a la espera de sus efectos cosméticos y terapéuticos. En una conversación al paso, un señor que toma mate al sol le comenta que no conviene estar metido mucho rato de corrido en el agua, por la presión, y que si uno es hipertenso menos que menos todavía.

Seguramente, la construcción de ese balneario fue una buena noticia para la gente de Carhué y de otros pueblos de la zona. A quien solo está de paso, como él, la *Eco-playa* le recuerda que en ese lugar marcado visualmente por el desastre la gente también vive, se entretiene, sale de paseo y va a la laguna a ver como se pone el sol.

En el carácter espectral de la huella, en ese juego indiscernible de ausencia-presencia que ella misma es, se perfila la dimensión del *entre* como constitutiva del archivo. Esto es, quien se dirija al archivo no tiene más remedio que dirigirse a los espectros, lo sepa o no. Quien, además, le hace un lugar a los espectros, se predispone a una tarea de pensamiento, lectura y escritura que se resiste a disolver las opacidades del pasado en las cegueras del presente. En otras palabras, la dimensión ética que atraviesa el *trabajo de archivo* en la investigación del pasado supone, en primera instancia, no desentenderse del carácter espectral de la materialidad con la que se trabaja. Cuando esta dimensión falta, cuando la huella es sin más sustituida por la noción plena de *evidencia*, no sorprende constatar que el

desdén habitual hacia los muertos y sus legados vaya acompañado también del desprecio a la escritura, a la palabra en tanto significativa, al pensamiento que anida y crece en el estilo.

Así, cada archivo singulariza un régimen de legibilidad donde lo que se lee en él sólo puede ser valorado a partir de la tachadura, de la destrucción, de la reescritura, de las lagunas, de los silencios, de los lapsus, de la falsificación. Un archivo se ofrece siempre a la mirada como un paisaje en ruinas (y no sólo como las ruinas en un paisaje). Es decir, como una totalidad imposible, espectral, como un efecto de dispersión que exige una sensibilidad por los detalles de una materialidad incierta, una lectura sintomal del contrapunto entre lo que el archivo dice (y no dice) sobre el pasado y la historia misma del archivo y los documentos en cuestión. Esto ha sido abordado por Voluspa Jarpa (2014) y Cristian Gómez-Moya (2015) para el caso, pertinente por muchos motivos, de los documentos desclasificados por la CIA y otros organismos de inteligencia de Estados Unidos sobre la violencia y el terrorismo de Estado en países latinoamericanos: fueron publicados en un sitio web oficial de libre acceso, a la vez que “muchos de estos documentos estaban tachados –párrafos y páginas completas borradas con líneas y bloques negros” (Jarpa, 2014: 23). Borradura que lleva hasta el escándalo la tensión entre destrucción (tanto de la vida en el crimen atroz del exterminio como de las huellas de este) y conservación implicada en el ejercicio del poder:

[...] el carácter enigmático de un acontecimiento, tan monstruoso como ha sido el Estado contra los derechos de la humanidad, aparece entonces como un amargo y contradictorio problema en los límites de la propia institución estatal que resguarda el archivo de la violencia, más aún cuando ese archivo es ya la huella monstruosa en sí misma (Gómez-Moya, 2015: 46).

En su dimensión institucional, el archivo no sólo se superpone con la biblioteca¹⁰ y el museo, sino también con el cementerio. Se trata de algo más que una metáfora o una asociación ingeniosa: es posible establecer cierto isomorfismo en los modos en que el archivo y el cementerio producen el pasado a partir de

¹⁰ Sobre el modo en que la Biblioteca y el Archivo se superponen como instituciones de la Nación, así como de las sutilezas que distinguen las figuras del bibliotecario y el archivista, ver Horacio González (2010).

aquello que se entierra y archiva.¹¹ Si *archivar* es sacar un escrito de circulación y, a la vez, una forma de preservarlo para el porvenir, no se requiere forzar demasiado las comparaciones para entender cómo algo similar acontece del cuerpo muerto al nombre propio grabado en la piedra. Tanto el archivo como el cementerio reclaman una relocalización a partir de una lógica interna que destruye todo contexto vital anterior¹² y establece, en esa misma operación, la posibilidad de ser revisitado por quien lo solicite. La posibilidad vale por sí misma más allá de cualquier visita efectivamente acontecida, hoy cada vez más raras tanto en el archivo como en el cementerio. De ahí también la relación paradójica que ambas instituciones establecen con la cuestión memorial. Archivar un documento y enterrar un muerto es la manera más cierta de comenzar a propiciar el olvido, de dejarlos atrás, de iniciar el duelo. La promesa de que se podrá volver a ellos cuando se lo desee es precisamente la que permite desligarse –digamos desinvertir– sin pesadumbre.¹³ Por otro lado, casi que no hace falta decirlo, lamentablemente porque lo sabemos bien, cuando esa promesa falta de manera radical (porque no hay cuerpo ni lápida, porque el terror soñó con un exterminio que no dejara resto), la posibilidad de olvido se torna deseo de memoria. Luis Guzmán lo expresa así: “El término *desaparecido* funda otra instancia de la localización de la memoria, pertenecen a otro registro de la memoria que no es la memoria funeraria, sino: ‘Memoria viva’. Esto quiere decir, en principio siempre en acto performativo” (Guzmán, 2018: 410 - resaltado en el original). De ahí que cuando no hay ni inscripción ni duelo posible, los muros del cementerio ya no sirvan para nada y las marcas memoriales se multipliquen. Ya no lápida ni epitafio, sino baldosa ahí

¹¹ Juan José Mendoza se pregunta por las voces del archivo en el presente: “¿Cómo comprender [...] la voz fantasmática, fantasmagórica, de nuestros mayores? ¿Cómo concebir la dimensión de ese cementerio de voces que es el archivo, la biblioteca? No es casual el uso del verbo *exhumar* referido a la labor de los estudiosos: exhumar un texto es, al tiempo que una labor de sepulturero, un labor de alguien que saca a la luz, desentierra, rescata algo de la espesa capa de muerte que lo cubre” (Mendoza, 2019: 242 - resaltado en el original).

¹² Por contexto vital habría que entender una red de relaciones específicas –próximo a aquello que Bruno Latour (2008) llamó *vida social de los objetos*– y no el marco general en el que se da algo particular.

¹³ Al explicitar esta relación paradójica del archivo y del cementerio, no se puede dejar de mencionar la cuestión de la escritura como *phármakon*, es decir, como remedio y veneno de la memoria. Ver el *Fedro* de Platón (1982) y el análisis del mismo que realiza Derrida (1997b).

donde se lo llevaron,¹⁴ placa donde trabajaba, donde estudiaba, palabra en la boca compañera al dar testimonio, bordado amoroso en un pañuelo.

7.

La entrada a Epecuén se anuncia en un pequeño puesto de madera al costado del camino que se desprende de la ruta. En el puesto los visitantes pueden pagar la entrada a las ruinas, aunque no siempre haya alguien para cobrarlas. Ese día había, y ahí mismo se enteró que su llegada coincidía exactamente con los cien años de la fundación del pueblo. Así lo dijo esa mujer de más de cincuenta años que recorría en visitas guiadas las que habían sido las calles de su juventud. Cuenta haber llorado esa mañana alcanzada por el poder evocador de la efeméride. Al poco tiempo de caminata aparecen las primeras edificaciones apenas dispersas por el campo. Al mirar hacia adelante, en línea recta, se ve el desastre y luego la laguna. Las primeras casas mantienen algunas paredes en pie, y algún que otro cielorraso. Tras apenas unas cuadras, ya ni eso, y todo se vuelve un amasijo de cemento y escombros blanqueado por la sal en el que cuesta diferenciar las formas, saber ya qué es lo que se mira. Parece un pueblo bombardeado. Siente que camina por el set de una película postapocalíptica.

Algunos carteles muestran el plano del pueblo antes de la inundación. Otros muestran fotos de cómo era esa misma avenida principal cuando estaba atravesada por la vida inconfundible que tienen los pueblos balnearios en verano. Algunos de estos carteles están en tan mal estado que casi parecen confundirse con las ruinas. Camina despacio, mira con atención. Distingue la plaza, un boulevard, lo que solía ser un parral en el fondo de una casa. Entre los objetos, algunos están deteriorados, otros misteriosamente conservados. Lo que realmente lo conmueve son pequeños detalles, marcas y huellas que evocan una cotidianidad perdida: una pava enlosada, una escalera que se eleva a ningún lado, una bañera antigua entre los escombros. De repente, entre mil cosas destruidas, un banco de cemento de esos que a veces se ponen al frente de las casas en los pueblos lo remitió a su infancia, a una casa que como estas también había sido perdida y llorada, y se sintió más cerca de ese pueblo en ruinas, de ese pueblo inhabitable.

En este punto en que archivo y cementerio se piensan entre sí, ahora que pareciera ser que disfrutar el paseo por uno u otro requiere una sensibilidad común, algo de lo que suele discutirse en psicoanálisis en torno al *trabajo del duelo* quizás logre ilustrar algún aspecto del *trabajo de archivo*, precisamente en tanto

¹⁴ Referencia a las *Baldosas de la memoria*, iniciativa sostenida por comisiones vecinales que reemplazan baldosas corrientes por otras especialmente hechas para conmemorar desapariciones y asesinatos vinculados a la violencia y el terrorismo de Estado. Las mismas suelen emplazarse en los lugares donde vivían, trabajaban, estudiaban o fueron secuestradas las víctimas (Messina, 2019). Ver: <https://www.espaciomemoria.ar/baldosas-por-la-memoria/>

suponen modos inversos de hacer frente a lo perdido. Para el duelo, Freud propone, inicialmente, una sustitución sin resto en la que nada se pierde verdaderamente. Tras el trabajo de duelo, el yo dispone de la totalidad de la energía libidinal que antes estaba ligada al objeto perdido (Freud, 1984).¹⁵ Es decir, sale del duelo tal como entró en el mismo. Todo lo contrario a la noción de experiencia elegida aquí para pensar los modos de implicación en el trabajo de archivo. Así, éste pareciera mucho más afín a la melancolía que al duelo, al punto que podría inscribírsele dentro de esa “melancología” con la que Cragolini (2012) caracteriza el modo derridiano de tratamiento de la alteridad. A diferencia del duelo, que en su afán por enterrar a los muertos asimila al otro en su mismidad y así espera alcanzar la clausura del pasado y un presente libre de asedio, el *trabajo de archivo* busca en el pasado aquello capaz de retornar haciendo que su presente se muestre distinto de sí mismo (siempre-ya-otro). Un presente que pueda devenir-otro distinto de como es (quizás más justo y hospitalario), pero que también pueda verse a sí mismo en su multiplicidad, menos ennoblecido por sus virtudes o supuestas purezas, habitado por fuerzas que no entiende y a las que debe, sin embargo, hacerle un lugar.

8.

Entre los escombros de las casas, negocios y hoteles derrumbados hay pintadas. No grafitis y murales –aunque algunos haya– sino inscripciones como epitafios

¹⁵ Vale la pena señalar que esta perspectiva formulada por Freud en *Duelo y melancolía* (1984) se vio sacudida años más tarde tras la muerte de su hija Sophie. En una carta dirigida a Binswanger, escribe: “Se sabe que el duelo agudo que causa una pérdida semejante hallará un final, pero que uno permanecerá inconsolable, sin hallar jamás un sustituto. Todo lo que tome ese lugar, aun ocupándolo enteramente, seguirá siendo siempre algo distinto. Y a decir verdad, está bien así. Es el único medio que tenemos de perpetuar un amor al que no queremos renunciar” (en Allouch, 2011: 160-161). Estas palabras dejan planteadas las coordenadas para una revisión y reformulación de la teoría del duelo en su obra, si bien él nunca emprendió este proyecto de manera explícita. Dos momentos que pueden expresarse en estas palabras de Jean Allouch: “El psicoanálisis tiende a reducir el duelo a un trabajo; pero hay un abismo entre trabajo y subjetivación de una pérdida” (2011: 9). Retengo entonces la expresión “trabajo de duelo” para remitir a la teoría del duelo freudiana, tal como fue formulada inicialmente, en tanto supone un modo muy específico de pensar la cuestión de la alteridad (Cragolini, 2012). Del otro lado del abismo, del lado de la subjetivación de la pérdida, el planteo se abre hacia un incansante bordeamiento de la falta en el que lo perdido se mantiene como tal. De este lado se le hace un lugar a lxs muertxs. En palabras de Allouch: “En efecto, no hay objeto sustitutivo por la razón esencial de que el objeto de amor no es situado por el recuerdo, sino por la repetición, y lo que cuenta en la repetición es justamente la cuenta, la imposibilidad para la segunda vez de ser la primera –aun cuando se la pretenda en todo idéntica a la primera. La cuenta, por sí sola, inscribe como esencial la no-sustituibilidad del objeto” (Allouch, 2011: 163).

hechos con pintura y brocha gorda: “MAZZUCCO CARNICERÍA”; “HOTEL ALTIERI FLIA”; “HOSPEDAJE ‘MI NENA’ FLIA: CARMONA”, y así. Se imagina a lxs Mazzucco, a lxs Altieri, a lxs Carmona volviendo una vez que el agua comenzó su retirada y casi siente ese impulso que lleva a la inscripción, a la marca, a grabar un nombre en la piedra que no puede significar nada para nadie, sino solo testimoniar, en ese vacío significativo, que ese pedazo de tierra y escombros que se singulariza en la palabra escrita significó algo para alguien, alguna vez.

No se equivocará quien intuya, en estos modos difíciles y tensionantes de apertura hacia lo otro, las trazas para una política de la memoria. Con suerte, quizás puedan esperarse de ella algunas consecuencias de peso para las indagaciones del pasado en su paseo por los archivos.

Derrida (2012) señala que *una lengua no pertenece*. Todo pareciera indicar que resulta imperioso decir lo mismo del archivo. Entonces, se dice así: *un archivo no pertenece*. Pensar que un fondo documental es propiedad de tal o cual investigador/a, o bien que las prácticas a las que el archivo invita son potestad de tal o cual tradición disciplinar puede ser tan obtuso como intentar reducir las lenguas a los nacionalismos que las reclaman para sí (Cassin, 2019). La vía ética delineada a partir del concepto de *entre* que se presenta como una alternativa posible de cara a la investigación del pasado supone tratar al archivo y a lo que lo constituye como inapropiables. Sin este punto de partida, difícilmente se pueda hacer del archivo una experiencia. Y sin ella, nunca el archivo habrá sido tan vano ni tan poco necesario para tratar de dar una respuesta a los interrogantes que nos mueven.

Bibliografía

Allouch, J. (2011). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.

Besse, J. (2011). Proceso y diseño en la construcción del objeto de investigación: las costuras de Frankenstein o un entre-dos que no hace dos. En: Escolar, C. y Besse J. (coords.), *Epistemología fronteriza: puntuaciones sobre teoría, método y técnica en ciencias sociales*, pp. 93-114 Buenos Aires: Eudeba.

Cassin, B. (2019). *Elogio de la traducción: complicar el universal*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.

Cragolini, M. (2016). *Moradas nietzscheanas: del sí mismo, del otro y del "entre"*. Buenos Aires: La Cebra.

Cragolini, M. (2012). *Derrida, un pensador del resto*. Buenos Aires: La Cebra.

Derrida, J. (2012). *El monolingüismo del otro o la prótesis del origen*. Buenos Aires: Manantial.

Derrida, J. (1997a). *Mal de archivo: una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.

Derrida, J. (1997b). La farmacia de Platón. En: *La diseminación*. Madrid: Fundamentos.

Escolar, C. y Besse, J. (2011). Método: notas para una definición. En Escolar, C. y Besse J. (coords.), *Epistemología fronteriza: puntuaciones sobre teoría, método y técnica en ciencias sociales*, pp. 115-124. Buenos Aires: Eudeba.

Freud, S. (1984). Duelo y melancolía. En: *Obras completas vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.

Foucault, M. (2013). El libro como experiencia. Conversación con Michel Foucault [entrevista con Duccio Trombadori, París, 1978]. En: *La inquietud por la verdad: escritos sobre la sexualidad y el sujeto*, pp. 33-99. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (1999). La verdad y las formas jurídicas. En: *Obras esenciales, vol. 2: Estrategias de poder*, pp. 169-281. Buenos Aires: Paidós.

Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos.

Gómez-Moya, C. (2015). Estéticas de la documentalidad en los derechos humanos: una espectrografía de la desclasificación. *Errata*, núm. 13, pp. 28-49. Colombia. <https://revistaerrata.gov.co/edicion/errata13-derechos-humanos-y-memoria>

González, H. (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Gusmán, L. (2018). *Epitafios: el derecho a la muerte escrita*. Buenos Aires: 17 Grises.

Jarpa, V. (2014). Historia, archivo e imagen: sobre la necesidad de simbolizar la historia. *A Contracorriente*, vol. 12, núm. 1, pp. 14-29. Carolina del Norte. <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1295>

Jinkis, J. (2011). *Violencias de la memoria*. Buenos Aires: Edhasa.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

Mendoza, J. J. (2019). *Los archivos: papeles para la nación*. Villa María: Eduvim.

Mesnard, P. (2011). *Testimonios en resistencia*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.

Messina, L. (2019). Sitios y lugares de la memoria: dimensiones, experiencias y controversias. En: Besse, J. y Escolar, C. (eds.), *Políticas y lugares de la memoria: figuras epistémicas, escrituras e inscripciones sobre el terrorismo de Estado en la Argentina*, pp. 55-74. Buenos Aires: Miño & Dávila.

Nietzsche, F. (2011). Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida [II intempestiva]. En: *Friedrich Nietzsche III*. Madrid: Gredos.

Platón (1982). *Fedro, o de la belleza*. Buenos Aires: Aguilar.

Tello, A. T. (2018). *Anarchivismo: tecnologías políticas del archivo*. Adrogué: La Cebra.

Uzal, L. (2022). Puntuaciones en torno al destape y la espectacularización de la violencia del terrorismo de Estado en la Argentina durante la última transición democrática. *Clepsidra*, vol. 9, núm. 18, pp. 86-107. Buenos Aires. <https://ojs.ides.org.ar/index.php/Clepsidra/article/view/400>



Sobre el autor

LUCIANO UZAL es Licenciado en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, y becario doctoral por el CONICET. Forma parte del *Equipo de Lugares y Políticas de la Memoria*, con sede en Instituto de Geografía “Romualdo Ardissonne” de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. Integrante del colectivo *Antroposex*. Se desempeñó como docente ayudante de primera en la materia *Metodología de la investigación* del Departamento de Geografía (FFyL-UBA). Su línea de investigación actual aborda la dimensión testimonial en la revista cultural *El Porteño* (1983-1993), atendiendo a la articulación entre sexualidad y política en el marco de la última transición